

4.

5 de mayo de 2019

Querido Bleddyn:

Una editorial, IT Publishing, me está tanteando para que haga un libro de fotografías de mis instrumentos a lo largo de los años. De momento es una idea, poco más, pero me gustaría saber qué es lo que tengo por ahí.

Recuerdo una foto que hiciste de aquel violín mío que se rompió, adjunto el cartel. ¿Tienes las imágenes por ahí para que las pueda incluir?

¿Recuerdas dónde puede estar? No lo he visto desde aquellas fotos del 96.

Muchas de mis cosas de aquella época han desaparecido. Han acabado en la papelera. ¿No tendrás por un casual más violines hechos polvo por ahí guardados?

Sería genial verte por ahí.

Con amor,

Warren

*Querido Warren:*

*Las fotos del violín se han conservado. Sé perfectamente dónde están (en un baúl, en un estudio, en Earlwood), es probable que tenga que volver a escanear la película cuando vuelva a Sídney.*

*También se ha conservado el violín. No estoy muy seguro de dónde está, me da que en el cuarto oscuro de Jubilee Street. Igual me falla la memoria, pero no se ha tirado a la basura. Echaré un vistazo cuando pase por allí y hable con los inquilinos (estoy a poco más de 1 km, en un cuarto de invitados en casa de Terry Edwards). Si lo encuentro, ¿me lo llevo a Sídney para devolvértelo? ¡Estarás en el concierto de D3 en la Ópera!*

*Bleddyn*

*Querido Warren:*

*De verdad que le echaré un vistazo. Estoy seguro de que está por ahí. Sé que no lo he tirado (Jude me mete presión para que tire algunas de mis camisetas preferidas y cosas por el estilo, y a veces cedo).*

*Otra razón por la que estoy tan seguro de no haberlo tirado es que lo he visto una y otra vez en los últimos veinte ¿? años. Te tengo al tanto cuando haya registrado bien el cuarto oscuro (también está por ahí la colección de Spook de los primeros discos de grime y figuritas de plástico de Star Wars).*

*Hay otra posibilidad que me ronda: tengo un baúl de esos grandes en Sídney que contiene diversos trastos y máscaras (está incluso la tela que compré para el fondo de las fotos del violín). Puede que el violín esté allí también.*

Al día siguiente me llegó una carta de Bleddyn con novedades:

*Pues al final he encontrado dos, querido Waz, estaban escondidas en el sótano de Jubilee Street. Te envió foto mañana cuando –toco madera– el tiempo mejore un poquito y recupere el portátil, que está en cuidados intensivos.*

*BB*

«En un sótano en Jubilee Street.» ¿Qué posibilidades había de que pasara algo así? También coincidió que Bleddyn acababa de aterrizar en Londres el día que le envié el primer correo después de una década viviendo en Sydney, Australia. Un par de días después me mandó un correo con estas imágenes de un violín que llevaba dos décadas sin ver. En silencio, en su sótano, se había transformado en algo más bonito en esos veinte años que hacía que no lo veía. Al principio, lo que más me conmovió es que le hubiera importado tanto como para conservarlo.

Tuve que dejarme el violín en su casa después de la

sesión de fotos porque, literalmente, no tenía sitio donde guardarlo. Los instrumentos generan lazos extraños, son como un apéndice. Cuidas de ellos cueste lo que cueste. Te acostumbras a que se conviertan en una parte de tu cuerpo más. A sacarlos de la furgoneta cada noche cuando estás de gira. A saber de manera instintiva cuándo te lo has olvidado, y salir corriendo a donde te lo hayas dejado. Sudando la gota gorda todo el camino. Por lo que, para mí, dejarlo allí significó que era el momento de despedirme de él. Era una época en la que estaba de gira constantemente, once meses al año. No tenía dirección fija. Y, si me instalaba en algún sitio, no era por mucho tiempo. Ni siquiera espacio para dejar trastos en un rincón, no tenía ni un rincón para tirar mis cosas. En realidad, no tenía más que una maleta y un maletín y este violín. Cuidaba de mis cosas hasta que quedaban inservibles o se rompían. Tocaba un instrumento hasta que ya no se pudiera reparar o fuera imposible contener la catástrofe con cinta aislante.





10 de septiembre de 2013. Una cocina en Bishopstone, Inglaterra. Estamos rodando el documental de Nick Cave, *20.000 días en la Tierra*.

Nick: ¿Te acuerdas del concierto de Nina Simone?

Warren: Sí.

Nick: La hostia, fue bueno, ¿verdad?

Warren: Joder, lo más... Y mira que he estado en conciertos, pero aquel fue uno de los mejores que he visto en mi vida.

Nick: ¿Te acuerdas, antes de empezar a tocar, que se quitó un chicle de la boca?

Warren: Mmhm.

Nick: Ella va, se sienta ahí, se quita el chicle y lo pega bajo el piano.

Warren: Sí, en el piano, sí.

Nick: Y, pam, ¡a aporrear las teclas!

Warren: Yo tengo ese chicle, lo tengo en....

Nick: ¿Qué? ¿Lo cogiste?

Warren: Sí, lo cogí. Subí y lo cogí del escenario después de...

Nick: ¿Me estás vacilando?.

Warren: Que no, que lo tengo envuelto en la toalla con la que se secó la frente.

Nick: Hostia, mierda, qué envidia.

Era la primera vez que hablaba en público del chicle y, por extraño que parezca, me dio la sensación de que, en aquel momento, se convertía en algo real. Había tenido esa sensación a menudo en el estudio, trabajando con la música, cuando las ideas cobran vida, encuentran sentido y una vida más allá de quien las crea. Al ver las ideas llegar a la gente y encontrar una nueva vida, perder parte del control una vez

las haces públicas. Cuando se estrenó el documental, la gente empezó a hacerme preguntas, cosas del tipo:

«¿De verdad que vives en una casa en un acantilado?».

«¿Cómo se hace la pasta con anguilas?».

«¿Es verdad que te llevaste su chicle?».

«¿Aún lo tienes?».

«¿De qué color es?».

«¿Es muy grande?».

«Es broma lo de que cogiste el chicle y te lo quedaste, ¿verdad?».

«¿De qué sabor es?».

«¿Lo has mascado alguna vez?».

El chicle era real; el resto, para decepción de algunos, era verdad en el mundo del celuloide. Nunca preparé aquella pasta de anguila ni pasé una sola noche en aquella casa. Llegué al rodaje bastante nervioso por cómo iba a cocinar y a hablar. Iain Forsyth, uno de los directores, se percató de mi ansiedad y le expliqué el porqué. Me llevó aparte y me dijo: «Es una peli, Warren, no tienes que cocinar de verdad», y me señaló a alguien que estaba preparando la pasta en aquella cocina improvisada. Algo cambió cuando el resto supo de la existencia del chicle.

Pensé en la cantidad de secretitos que hay en el universo esperando a ser revelados. Cuánta gente tiene lugares ocultos con sueños abandonados, llenos de fantasías.

Subí al desván y saqué de la cajonera la bolsa de Tower Records y saqué la toalla. La abrí. El chicle estaba dentro. Estaba tal y como lo recordaba, un corazón sagrado, un buda. Me pareció un conejito a la luz de la luna dándole mazazos al arroz para preparar *omochi* お餅 con un martillo de madera que utilizan los japoneses cuando hay luna llena. África. La Welcome Nugget. A veces veía a Cristo en la cruz, con las rodillas flexionadas y ladeadas. Aún se veían las marcas de los dientes de Nina Simone. Sentí tanto sorpresa como alivio de

ver que seguía allí. A menudo había dirigido mi imaginación hacia aquel objeto, como buscando consejo. En la soledad de mis ensoñaciones. Me lo imaginaba latiendo envuelto en aquella toalla. Manando sangre.

No había desplegado la toalla que contenía el chicle desde 2013. Hubo dos periodos en los que no lo miré. Cogí el chicle en el concierto del London Festival Hall de 1999. Entre 1999 y 2004 le echaba vistazos periódicos. No abrí la bolsa entre 2005 y 2013. Luego, de 2013 a 2019, tampoco. No quería molestar. Cuando Nick me preguntó por el chicle, en 2019, por si se lo dejaba para su exposición, tuve que comprobar si seguía en su sitio. La última persona que lo tocó fue Nina Simone, su saliva y sus huellas dactilares, immaculadas. La idea de que seguía en su toalla era algo que me había dado fuerzas. Como el último aliento de Thomas Edison guardado en una probeta sellada, conservado en el museo Henry Ford de Michigan. Cuando Edison estaba en su lecho de muerte, Henry Ford llamó a su hijo por teléfono y le pidió si podía guardar el último aliento de aquel gran hombre. Así que el hijo colocó una ristra de probetas junto a la cama y se las acercó a la boca cuando Edison se despojó de sus ataduras mortales. Invisible, intangible, la imaginación activada por la nada. Esa nada era capaz de despertar la imaginación. La imaginación comunitaria. Esa nada era capaz de todo. Una reliquia de uno de los mejores conciertos que he visto en mi vida. Mi conexión con una mujer tocada por la mano de Dios. La doctora Nina Simone. Con el paso del tiempo, me imaginaba que aquel chicle debía de haber desaparecido, pero prefería pensar que seguía allí en lugar de constatar que se había desintegrado. Una especie de gato de Schrödinger. No quería saber que ya no estaba allí. Recuerdo mirar las imágenes del monstruo del lago Ness y del Yeti y de las hadas de Cottingley en clase cuando tenía siete años. El ambiente cambiaba. ¿Cómo te ibas a cuestionar su validez o ibas a querer pensar que no eran reales? Me tranquilizaba mucho

imaginarme el chicle envuelto en la toalla y metido en la bolsa, esperando una especie de comunión. Pensaba que, cada vez que abría la bolsa, parte del espíritu de Nina Simone desaparecía. En muchos sentidos, aquella idea era más importante que el propio chicle.

Pero allí estaba.

Lo miré y tuve un momento de tomar consciencia de que, algún día, cuando yo ya no esté aquí, este objeto sagrado, probablemente, acabará en la basura. La exposición apareció como una oportunidad inesperada de sacar el chicle de Nina Simone de mi órbita, como si ya lo hubiera tenido suficiente tiempo y se me pidiera que me despidiese de él por un bien mayor. Que lo legara. Sentí que era el momento de devolvérselo al mundo. En aquel instante, en realidad no estaba pensando en lo que significaba o podía significar para otras personas. Para mí, había sido algo personal, y ya está, colocado junto con otros tótems que me levantaban cuando venían mal dadas. Fuerzas invisibles. Fe y esperanza. Nick estaba entusiasmado de poder incluirlo en su exposición: «¡Es esencial, Was!», me dijo un mes después tomándonos un té Lady Grey en el estudio Retreat de Ovingdean, mientras trabajábamos en la banda sonora de su exposición.